

REVISTA IBEROAMERICANA DE LITERATURA

SEGUNDA EPOCA — AÑO I — Nº 1

LA NOVELA DEL PETROLEO EN VENEZUELA

por GUSTAVO LUIS CARRERA

A PROPOSITO DE VALLEJO Y ALGUNAS DIFICULTADES
PARA CONOCER LA POESIA

por MERCEDES REIN

"LA CASA VERDE" DE M. VARGAS LLOSA

por JOSÉ MIGUEL OVIEDO

EL PERSPECTIVISMO SOCIAL EN LA NARRATIVA
DE MARIANO AZUELA

por ANGEL RAMA

NUEVOS APORTES A LA POESIA DE NICOLAS GUILLEN

por JORGE RUFFINELLI

SOBRE LA FICCION
(AL MARGEN DE G. GARCIA MARQUEZ)

por JUAN FLO

INEDITOS DE
GABRIELA MISTRAL y HORACIO QUIROGA

DEPARTAMENTO DE LITERATURA HISPANOAMERICANA
UNIVERSIDAD DE LA REPUBLICA
MONTEVIDEO

EL PERSPECTIVISMO SOCIAL EN LA NOVELA DE MARIANO AZUELA

por

ANGEL RAMA

I

PERSPECTIVISMO IDEOLOGICO DE AZUELA

Entre los problemas que plantea ese primer período o protoépoca de la novela de la revolución mexicana, que corresponde a las obras de Mariano Azuela escritas desde 1911 (*Andrés Pérez, maderista*) hasta *Las tribulaciones de una familia decente* (1918) y que por lo tanto incluye su célebre texto *Los de abajo* (1915), se cuenta el de la relación entre las imágenes narrativas y las imágenes reales de esos años. En un tipo de literatura cuya intención testimonial y documentaria es evidente, que es creada sobre la marcha de los acontecimientos y que apela sin cesar al dato o a la situación contemporáneos, la crítica se interrogó acerca de la veracidad del escritor. Más allá del interés puramente histórico de la cuestión está el problema del reflejo de la realidad en la obra literaria, y de la posibilidad mayor o menor que tiene un escritor para expresar su tiempo, sobre todo cuando participa activamente de sus trajines. En última instancia permite analizar los elementos que condicionan su visión del mundo y el modo en que se trasuntan en materiales específicamente narrativos, al punto que el más sangriento "tranche de vie" pueda servir de índice para medir la cosmovisión y la elaboración estrictamente artísticas de un escritor.

Un primer planteo del problema fue hecho por el crítico Manuel Pedro González al enumerar los rasgos básicos de la narrativa revolucionaria: "Otro detalle o característica de la novela revolucionaria que la divorcia de la anterior, es su "historicismo" realista y limitado que la lleva a plegarse al hecho histórico con excesiva fidelidad. Al contrario del novelista anterior, el revolucionario no inventa nada, su fantasía creadora apenas interviene y su imaginación se limita a captar en forma narrativa y dialogada el hecho social que se propone novelar. Esta no es sólo una característica definidora de la

modalidad revolucionaria que la distancia de las formas novelísticas antes cultivadas, sino también una limitación —un defecto— que le recorta el marco a estas creaciones y las une al yugo de la realidad histórica. Al reducir su inventiva a la copia fiel de los hechos y los personajes de la Revolución, el novelista le merma el vuelo imaginativo a su obra y la convierte casi en documento, en retrato, más o menos fidedigno, de un instante de la historia de México y con ello sufre su valía estética”(1). Si bien el carácter documentario que M. P. González realza se conforma a los hechos, y la dependencia narrativa del acaecer histórico es aquí mayor que en otros productos imaginativos, vinculándose este tipo de novelas-testimonios con las novelas de carácter histórico, en cambio la relación con la realidad está marcada por el crítico en un modo unívoco, como mera apropiación de lo real por el escritor, dando por probado que esa transposición —que nos evocaría en un grado agudizado la teoría del reflejo—, es alcanzable sin problemas: “copia fiel de los hechos y los personajes de la Revolución”. Si así fuera estaríamos ante un material de tipo histórico; de inmensa utilidad, sin necesidad de mayor interpretación, para el estudioso de la historia.

Tenemos derecho a sospechar que la relación no es tan directa. En las confesiones literarias de sus últimos años, decía, por ejemplo, Mariano Azuela: “El novelista —dice [Vigny]— es un poeta, un moralista, un filósofo. Si hace uso de algún tema histórico, esto no significa en realidad para él más que el canevá en que habrá de bordar su obra de novelista. Porque sobre la realidad positiva hay otra realidad más alta, que es por su calidad suprema, la del ideal. Un escritor debe ser ante todo un artista. Las momias están bien en sus nichos y no deben salir de allí a riesgo de convertirse en polvo. El lector prefiere la María Antonieta de Stephan Zweig, la Reina Victoria de Strachey o la Historia de Inglaterra de Maurois a todos los César Cantú del mundo habidos y por haber, como nosotros preferimos a Vasconcelos a cuantos han descrito la vida en nuestra última revolución” (2). Aparte del salvaguardar una zona propia de creador, y no transformarse en mero amanuense de la historia aun si tal cosa fuera posible, importa en este texto el reconocimiento de dos planos que se manejan simultáneamente, en distintas y complicadísimas operaciones, para la redacción de una obra: la que llama Azuela “realidad positiva” con lo que parece aludir al acaecer histórico aceptando tácitamente que su conocimiento global es posible, y la “realidad ideal” que estima de valor superior y por lo mismo rectora de la anterior. Habría aquí una resonancia del famoso verso rubeniano “Bosque ideal que lo real complica”, o sea el uso de la misma teoría

(1) MANUEL PEDRO GONZÁLEZ. — *Trayectoria de la novela en México*. México, Botas, 1951, pp. 97-98.

(2) MARIANO AZUELA. — “El novelista y su ambiente” en *Obras Completas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1960, t. III, p. 1133.

de que las concepciones ideales perturban y modifican el funcionamiento del campo concreto de la vida histórica. Asimismo en ese texto importa la ejemplificación que ofrece Azuela: “preferimos a Vasconcelos a cuantos han descrito la vida de nuestra última revolución”, porque con ella está señalando su personal proximidad con esa “realidad ideal” que manejaba Vasconcelos, reconociendo que también él utilizó la historia revolucionaria como cañamazo sobre el cual dibujar el perfil de la realidad “más alta”. En efecto, de las ideas de Azuela puede encontrarse registro tanto en sus novelas y notas, como en la larga autobiografía de Vasconcelos.

Cuando un hombre de las convicciones filosóficas de Azuela habla de ideal no se está refiriendo al reino platónico de las ideas puras, sino a un sistema de creencias morales y socio-políticas con las cuales acometió la realidad de su tiempo. En una primera instancia y en un plano de apreciación puramente personal, son las ideas particulares de Azuela. Ellas, reconocidamente, estarían afectando su visión de la realidad. Pero como además es impensable un conocimiento totalizador del universo presente al escritor y éste toma contacto con la realidad a través de un fragmento de ella que, eventualmente, puede postular como paradigma del todo pero que nunca será sino un recorte de un mundo dinámico, es evidente que también hay que establecer una reducción de su uso de la “realidad positiva”. Estas dos precauciones metodológicas las manejó Antonio Castro Leal, cuando apunta: “La visión directa de una realidad nueva e impresionante —sea en los simples testigos o en los que toman parte en estructurarla— es una de las características que presiden el nacimiento de la Revolución Mexicana. Que esta visión directa arroje sobre la narración reflejos autobiográficos es del todo natural. No sólo natural, sino inevitable. Se comprenderá fácilmente, por otra parte, que esa visión y estos reflejos varíen según las circunstancias y el temperamento del testigo y según la clase de realidad que le toque en suerte contemplar. Todas las novelas de la Revolución Mexicana de la primera época ostentan, en variables proporciones, un carácter autobiográfico”(1). No solamente autobiográfico, sino también parcial. Todavía José Luis Martínez acentúa más esta deformación autobiográfica de la historia, señalando que los novelistas escriben sus obras como memorias o como verdaderas piezas de justificación personal, al punto de perder toda objetividad y considerarse ellos el centro de los acontecimientos que se suceden en la época. Aunque no se aplica estrictamente al caso de las obras de Azuela del periodo revolucionario, la observación del crítico nos permite situarlas sobre la línea de una confesada y firme inspiración polémica: “Caracteriza a estas obras su condición de memorias más que de novelas. Son casi siempre alegatos personales en los cuales el autor, a semejanza de lo que aconteció con nuestros

(1) ANTONIO CASTRO LEAL. — “Introducción” a *La novela de la revolución mexicana*, México, Aguilar, 1962 (3.^a ed.), p. 25.

cronistas de la Conquista, propala su intervención fundamental en la Revolución de la que casi todos se dirían sus ejes”(1).

Aunque muy frecuentemente se agrupa bajo la denominación de “novelas de la revolución” materiales que poco o nada tienen que ver con el género narrativo y que correctamente cabrían en la literatura memorialista o autobiográfica, incluso en las que se presentan más estrictamente como novelas, caso de las obras de Azuela, está muy presente el autor. No como personaje, ni como eje de la acción, sino como ojo que mira a través de sus concepciones ideales. Efectivamente, no se trata solamente de intereses personales —afán de poder, de lucro, de figuración— los que mueven su pluma, ya que es sabida la austeridad y el desinterés con que siempre actuó, sino de intereses intelectuales. Sus obras son alegatos que corresponden a una actitud parcial ante los hechos, pero esa actitud parcial lejos de estar comandada por minúsculas preocupaciones personalistas, lo es por sus ideas socio-políticas. Por eso su literatura es esencialmente política, más que histórica. Y política en un sentido militante, tal como corresponde a un hombre de partido.

Desde luego no un hombre de partido en el sentido más estrecho del vocablo, como integrante de una agrupación política aunque él lo fue fieramente del partido antirreeleccionista de Francisco I. Madero a quien adoró casi como a un santo laico, sino en el sentido general de hombre de posiciones ideológicas definidas que cree firmemente en ellas, que con ellas ha tejido su vida y que por ellas lucha para imponerlas contra lo que entiende el error y el mal. Ser un hombre de partido es ser, como en el verso de Drummond, un hombre partido, un ser encasillado en un sector de la realidad a sabiendas de lo que pierde pero confiando compensarlo con lo que gana. El propio Mariano Azuela lo reconoció en sus memorias, con su reacción ante el fracaso de las esperanzas puestas en la sustitución de Porfirio Díaz, cuando los idealistas vieron que los mismos elementos corruptos del antiguo régimen seguían en el poder y comenzaban su lenta obra de desfibramiento del maderismo. Si el asesinato de Madero arroja a Azuela a la acción directa, personal, integrando las partidas revolucionarias, el fraude que sigue a la renuncia de Porfirio Díaz lo arroja a la beligerancia narrativa. Una reacción de tipo moral en ambos casos: el escritor no pudo soportar la indignidad nacional. “Desde entonces dejé de ser —con plena conciencia de lo que hacía o sin ella— el observador sereno e imparcial que me había propuesto en mis cuatro primeras novelas. Ora como testigo, ora como actor en los sucesos que sucesivamente me servirían de base para mis escritos, tuve que ser y lo fui de hecho, un narrador parcial y apasionado. Por mi libre voluntad había elegido una posición mental en el gran movimiento renovador y quise y pude mantenerla hasta el fin”(2).

(1) JOSÉ LUIS MARTÍNEZ. — *Literatura mexicana Siglo XX*. México, Antigua Librería Robredo, 1949, p. 40.

(2) MARIANO AZUELA. — Ob. cit., p. 1070.

Esta parcialidad apasionada, insisto, no tuvo huella de intereses personales como se encuentran en la autobiografía de Vasconcelos, y fue movida por la "realidad ideal" de sus convicciones políticas. De allí nacieron las novelas políticas que comienzan con *Andrés Pérez, maderista* y cuya culminación será *Los de abajo*. Debido a este rasgo no se puede hablar de que estemos aquí ante la mera expresión de un hombre, de un ciudadano ilustrado de México. Las ideas políticas son, por definición, patrimonio de un grupo de hombres, de un sector de la sociedad, de una clase, que en ellas se reconoce como integrando una misma voluntad y un mismo interés real que podrá ser o no idealizado. El hecho de que a partir de la reedición de *Los de abajo* la sociedad mexicana de la tercera década reconociera allí su historia revolucionaria reciente no se deberá solamente a la virtud artística de las imágenes, sino a la cosmovisión política y filosófica que las impregna y determina que en ese momento del proceso institucional mexicano se ha hecho carne en el país. Del mismo modo, cuando Azuela construye apresuradamente sus novelas sobre la marcha de los acontecimientos, no sólo expresa su indignación, su furia, su crítica, sino la de un amplio grupo social que coincide en sus juicios.

Este aspecto político, inseparable de la narrativa de la revolución, está vinculado a determinadas tomas de posición que han dado lugar a ingentes debates, particularmente en los años del gobierno de Lázaro Cárdenas. El crítico José Luis Martínez resume así el problema: "Merece notarse que la mayoría de estas obras, a las que supondriase revolucionarias por su espíritu, además de por su tema, son todo lo contrario. No es extraño encontrar en ellas el desencanto, la requisitoria y, tácitamente, el desapego ideológico frente a la Revolución. Sería pues erróneo llamarlas literatura revolucionaria y el nombre que llevan, no obstante su imprecisión, es preferible"(1). No son novelas antirrevolucionarias, sino que están impregnadas de una curiosa dualidad interpretativa de los fenómenos, y son especialmente críticas para los hechos de la guerra civil que a partir de 1913 componen la realidad mexicana. Según el tinte político dominante en las distintas épocas de la vida mexicana, fueron consideradas expresión legítima del proceso revolucionario o atacadas como manifestación de un espíritu reaccionario. La dualidad interpretativa corresponde al ser dual de las novelas, y sobre el tema se han adelantado diversas hipótesis.

Entre las más recientes cabe mencionar la de Enrique Anderson Imbert, quien explica: "La Revolución de 1910 en México —una de las pocas revoluciones hispanoamericanas que realmente cambiaron la estructura económica y social— suscitó todo un ciclo novelístico. Ahora bien: cae en la jurisdicción de la novela describir las anécdotas reales, no juzgar los propósitos ideales. Los propósitos de la Revolución eran nobles; sus anécdotas, tremebundas. Y así el ciclo novelístico

(1) JOSÉ LUIS MARTÍNEZ. — Ob. cit., p. 40.

de la Revolución, por su valiente realismo, pareció antirrevolucionario. Paradoja fácil de resolver: el anhelo de justicia es también anhelo de verdad, y por ser revolucionarios esos escritores denunciaron sin hipocresías las brutalidades de un pueblo en armas”(1). Creo que la paradoja no es tan fácil de resolver. En primer término la novela de la revolución mexicana, tal como la entendió Azuela, mezcló siempre las anécdotas reales con el juicio de los propósitos ideales y es en este choque que se genera. De los dos elementos que se aproximan entrando en conflicto no fue el segundo, el aparato ideológico, el que resultó afectado y debió ser corregido o desechado, sino el primero, el elemento real que se transformó en el acusado al no ajustarse al canon ideal previamente trazado. Esta operación no nos remite meramente al “anhelo de verdad” porque ésta no es una entidad abstracta y universal, como los infinitos conflictos de la historia nos enseñan, sino una concepción signada por una época y aun, dentro de ella, por las posiciones de los distintos agrupamientos sociales o políticos. La operación que realiza Azuela nos remite a la teoría de las ideologías, no en cuanto racionalizaciones de intereses grupales o personales, simplemente, sino en tanto sistemas coherentes establecidos en distintas épocas y sociedades y con los cuales se lee en el campo de la realidad y se miden los fenómenos. El análisis parsimonioso de las novelas de 1911 a 1918 de Mariano Azuela nos permite seguir las distintas inflexiones de una ideología, por momentos implícita, en otros expresada francamente, que no sólo determina los materiales aparentes del debate intelectual —discusiones entre personajes, meditaciones sobre los hechos, editoriales sobre los enfrentamientos— sino que de un modo más general y sutil se infiltra en las distintas etapas de la creación novelesca, desde la elección de los sucesos o la elaboración de los personajes, hasta la aplicación de las formas estilísticas y la composición de las escenas. Sin cesar el bosque ideal complica a lo real y quizás convenga recordar que en 1911 Mariano Azuela tiene ya 38 años: no es por lo tanto un mozoalbete al que los sucesos intensos de la Revolución tocan y conforman, sino un hombre pertrechado por un bagaje espiritual y literario ya establecido, que le viene de sus orígenes, su ambiente familiar, el medio educativo en que hizo sus estudios, sus ya estructuradas concepciones éticas y sociales. El hecho de que escriba contemporáneamente a los sucesos que contempla nos ahorra las deformaciones típicas de los memorialistas, que recuperan el pasado desde una situación —personal y social— ya distinta y con una perspectiva interpretativa más nutrida y compleja. La espontaneidad de su escritura, la inmediatez del acontecer histórico en que se sitúa, deja poco sitio a una elaboración intelectual densa y meditada. El autor escribe sobre sus sensaciones, traduce la rapidez de su elección y de un constante enjuiciamiento, en el orden de la composición literaria. Por lo tanto no vienen en su

(1) ENRIQUE ANDERSON IMBERT. — *Historia de la literatura hispanoamericana*. México, Fondo de Cultura Económica, 1961, t. II, p. 110.

ayuda las sedimentaciones del tiempo que ha pasado, la ratificación o rectificación del valor de las opciones según sus consecuencias sociales, las estrategias de una acción política. La línea rectora de su conducta de escritor es, en términos lukasianos, el perspectivismo que le traza su ideología previa. "Es la perspectiva (el *¿adónde?*, el *terminus ad quem*) la que determina la importancia o insignificancia de todos los elementos de la descripción, desde las situaciones y figuras decisivas hasta el detalle más nimio"(1).

Mariano Azuela pertenece a una familia de la pequeña clase media provinciana. Dentro de ese ambiente, haciendo suyos sus ideales, se formó y vivió hasta la tormenta revolucionaria. Su realismo franco, su sabroso sentido nacional, su emocionalismo pequeño burgués, su esquema moral rígido, su respeto del orden, del trabajo, de la precisión, tienen su origen en ese ambiente del que salió. También su espíritu crítico mediante el cual establece distancias y puede medir errores. Es significativo, y él mismo lo reconoció, que sus novelas sobre la vida de la clase media sean las más débiles y que haya juzgado duramente su actuación en el período revolucionario. Dentro de su clase, por su función intelectual específica, ocupó un sitio intermedio, con una inclinación hacia los medios populares que explican sus novelas revolucionarias, como su participación en el torbellino militar: "Las clases más humildes de la sociedad me han atraído en proporción inversa a la clase media de la que siempre he formado parte. Quizás por estar tan cerca de ésta su visión me ofusca con la infinidad de turbios matices que la envuelven. De mis observaciones tengo necesariamente que dar un trasunto apasionado y tal vez injusto. Novelas de la clase media son las que menos han sabido retener mi simpatía"(2).

En su novelar partidista está implícito un conjunto de valores, más especialmente de sistemas de medición, que corresponden a la función de los sectores medios en el período de ascenso social. Para deslindarlos es paso previo considerar la significación sociológica de la clase media en los últimos años del Porfiriato. Aunque Azuela, como dijimos, mantiene con su ambiente social una relación que no es de mera dependencia sino crítica, también hace suyo el orbe ideológico en que ha nacido, al que subrepticamente maneja en su creación narrativa.

(1) GEORG LUKACS. — *Significado actual del realismo crítico*. México, Era, 1963, p. 70.

(2) MARIANO AZUELA. — Ob. cit., pp. 1063-4.

II

LAS CLASES MEDIAS ANTES DE LA REVOLUCION

La entrevista que Porfirio Díaz concediera al periodista norteamericano James Creelman, y que apareciera publicada en la revista *Pearson's Magazine* en 1908 para luego ser traducida por *El Imparcial* de México, ha sido considerada como el elemento desencadenante, o al menos incentivador, de la campaña antirreeleccionista que habría de conducir a la destrucción del porfiriato. Allí Madero, sus partidarios, un buen sector del país, encontraron abierta la posibilidad de un cambio pacífico de la situación nacional, a través del instrumento político de las elecciones, y sólo la frustración violenta de este camino conduciría a los tiempos revueltos de la revolución mexicana.

En esa entrevista la retórica corre por cuenta del periodista mientras que el realismo corresponde al anciano general, quien se maneja cautelosamente ante las insinuaciones antirreeleccionistas de su corresponsal que, no podía olvidarlo, era norteamericano. Explicando su gestión, y adelantando que creía llegado el momento de maduración democrática que permitiría la aplicación de la que será divisa maderista —“sufragio efectivo y no reelección”— así contesta una referencia de Creelman sobre la constitución social de México:

“Generalmente se sostiene que en un país que carece de clase media no son posibles las instituciones democráticas— dije yo.

“El presidente Díaz volvióse con ligereza, y mirándome fijamente, me contestó:

“Es cierto. Méjico tiene hoy clase media, lo que no tenía antes. La clase media es, tanto aquí como en cualquiera otra parte, el elemento activo de la sociedad. Los ricos están siempre harto preocupados con su dinero y dignidades para trabajar por el bienestar general, y sus hijos ponen muy poco de su parte para mejorar su educación y su carácter, y los pobres son ordinariamente demasiado ignorantes para confiarle el poder. La democracia debe contar para su desarrollo, con la clase media, que es una clase activa y trabajadora, que lucha por mejorar su condición y se preocupa con la política y el progreso general.

“En otros tiempos no había clase media en Méjico porque todos consagraban sus energías y sus talentos a la política y a la guerra. La tiranía española y el mal gobierno habían desorganizado la sociedad; las actividades productivas de la Nación se abandonaban en las continuas luchas, reinaba la confusión, no había seguridades para la vida ni para la propiedad. Bajo tales auspicios, ¿cómo podía surgir una clase media?”(1).

(1) PASCUAL ORTIZ RUBIO. *La revolución de 1910*. México, Botas, 1936, p. 90.

Dejando de lado los elementos elusivos con que se maneja el general Díaz en la entrevista y algunas explicaciones de improvisado sociólogo acerca de la ausencia, por muchos años, de una clase media, conviene destacar el registro claro de este suceso enteramente nuevo —la aparición visible de una clase media— que en sus líneas generales Porfirio Díaz sitúa con exactitud y cuyas ventajas parece comprender, al menos de palabra.

Bajo la dura paz porfiriana se ha ido gestando esta transformación social, mediante la acción escasamente coordinada de diversos grupos que han ido formando una capa intersticial entre el caciquismo terrateniente y ya industrial por un lado y la inmensa masa de una población agraria por otro, abriéndose camino dificultosamente —sobre todo en la capital y en los centros urbanos provinciales— y que para el año 1908 dispone de un poder apreciable pero contradictorio. Si económicamente es aún muy débil comparada con la burguesía vinculada al régimen, y si además está en camino de verse más frenada por la política de concesiones al extranjero de esos años, en compensación ya ha encontrado en la ilustración o en una primera preparación técnica, un buen instrumento para ascender en la escala social y para constituir un embrión de opinión pública que comienza a presionar sobre el estado militarista.

La famosa divisa de Porfirio Díaz, “Poca política y mucha administración”, que en los hechos no hacía sino responder, desde un ángulo político, a la concepción económica de su Ministro de Hacienda, Limantour, quien apelaba para el progreso del país a la incorporación de capitales extranjeros y a la capacidad de reinversión de una burguesía tenaz que podía enriquecerse sin dificultad utilizando todos los medios, incluidos los ilegales, esa misma divisa regía el crecimiento discreto de la clase media que, durante un largo y oscuro período de fines del XIX, se amparó de las posibilidades de desarrollo que concitaba la paz porfiriana.

Aunque el movimiento maderista terminó pintando de negro parejo la época porfiriana, y esta actitud exclusivista se intensificó posteriormente, el análisis de la economía de ese largo período de la vida mexicana es probatorio de un proceso de desarrollo y avance, que se traduce en un enriquecimiento nacional importante. Este proceso, que iba gestando un incipiente proletariado al que aglutina la acción de la ideología anarquista que se incorpora al país desde fines del XIX, y que se cebaba tanto en ese proletariado como en un campesinado férreamente mantenido en un bajísimo nivel de vida, significó un enriquecimiento mayúsculo de las clases altas pero al mismo tiempo toleró un desarrollo de la clase media. Por el camino del ahorro menudo, por la explotación de pequeños negocios, por el de la educación, fue adquiriendo el *status* de segundón, transformándose en el colaborador obligado de una clase dominante que se demostró incapaz de proporcionar el equipo de administradores y la red de distribución comercial, tal como el propio Porfirio Díaz reconocía en la entrevista citada.

Las cifras del comercio exterior —que de 1872 a 1910 pasa de cincuenta millones a casi quinientos millones—, el desarrollo intenso de la red ferroviaria —que para 1915 alcanzaba en México un tendido de vías de 25.000 kilómetros—, las incipientes industrias extractivas, que le permitieron a México exportar veinticinco millones de barriles al año, significaban un enriquecimiento y una necesidad de especialistas que, visto el desvío de las clases altas por actividades pobremente remuneradas y vista la incapacidad de las clases bajas para proveer de cuadros, permitían la ampliación de tareas por parte de los grupos medios.

Estos proveyeron los cargos de la administración pública y privada —aunque siempre hasta ciertos niveles jerárquicos—, proveyeron los profesionales universitarios, los cuadros de educadores, y en general ésas fueron sus grandes ambiciones dado que a través de esas actividades consideraron posible desplazarse dentro de la sociedad hacia los centros del poder. La autobiografía de José Vasconcelos abunda en referencias a sus años juveniles que trasuntan la conciencia de las clases medias de que sólo a través de la educación les era posible adquirir un más alto *status* social. Así, hablando de los condiscípulos ricos que, dado el clima más democrático de Campeche, estudiaban con los más pobres, anota: “Nos desquitábamos de ellos en clase, ganándoles primeros lugares. Un Lino Gómez, de humilde familia tabasqueña, era mi rival para el primer puesto; todas las primeras filas eran de la clase media, como que a los ricos ¿qué les importaba el saber? ¡Tenían las tierras, las indias jóvenes, los esclavos viejos!”(1). En este mismo sentido —y ya lo veremos con más detalle— el modo que tiene el José Vasconcelos juvenil de aferrarse a los estudios corresponde al espíritu de la clase media de la que procede, que le ha sido inculcado pacientemente por su madre: es el saber la única posibilidad de cumplir con los sueños ambiciosos de superación, aunque también ese saber queda controlado por las posibilidades de rendir un dividendo social satisfactorio, ya que no es cualquier saber al que puede aspirar un joven de procedencia media, sino aquel que le permita ubicarse en el marco de la sociedad en una posición elevada. Dice el mismo Vasconcelos: “La disciplina legal me era antipática, pero ofrecía la ventaja de asegurar una profesión lucrativa y fácil. En rigor, era mi pobreza lo que me echaba a la abogacía. Si hubiese nacido rico, me quedo de ayudante del laboratorio de física y repito el curso entero de ciencias”(2).

Pero para poder facilitar el acceso de sus integrantes a tales esferas de la cultura, la clase media tuvo que conseguir una base económica mínima que generalmente obtuvo a través del pequeño comercio (muchos hijos de propietarios de tiendas de abarrotes integraron las filas de los profesionales universitarios en la primera década

(1) JOSÉ VASCONCELOS. — *Ulises criollo*. México, Botas, 1937 (8.^a edición), cap. “El cordón de San Francisco”, p. 134.

(2) JOSÉ VASCONCELOS. — Ob. cit., cap. “En jurisprudencia”, p. 199.

del XX), de reducidas propiedades rurales, o, muy habitualmente, por la buena administración de un cargo burocrático. Este último fue el caso del padre de Vasconcelos; el primero fue el del padre de Mariano Azuela, y éste recuerda en su *Autobiografía del otro* los primeros ahorros del padre: "Cuando mi padre hizo el balance de su primer año de comerciante, muy desconsolado fue a «La Mina de Oro» y le dijo a su hermano rico:

—Aquí te traigo los trescientos pesos que me prestaste para poner «El Tíguere». No pude ahorrarme nada.

Mi tío era muy picolargo y le respondió:

—No vengas haciéndote guaje: has vivido un año con tu mujer y tu hijo, sin tener que pedir prestado a nadie; eres dueño de tu tienda y a nadie le debes ni tlaco.

Un comercio muy movido: se vendían pan y alfilerillo de tacón, manteca y cascalote, miel de colmena y piedra lipe, queso grande, tequesquite y toda especie de menudencia"(1).

La posición de esta clase media con respecto a los terratenientes así como respecto a la alta burguesía del régimen, había de ser dual: por un lado intensa crítica a su rapacidad, al uso despótico del poder, a su sostenida codicia acaparadora; por otro, intento de alianza a los efectos de obtener ventajas, ampliar su base económica, conseguir por su servicial colaboración ingerencia en las especulaciones sólo permitidas a las clases altas. En buena parte fue la resistencia de éstas frente a los recién llegados arribistas, su concepción exclusivista de la nacionalidad que entendían como su propiedad, la que empujó los sectores medios hacia una actitud de enfrentamiento, mostrándose decididos a disputarle los negocios.

Para ello, dada la peculiar estructura del Estado porfiriano, donde la llave detentadora de tierras, concesiones, negocios, abastecimientos oficiales, estaba en manos del poder político, la clase media aspiró a poner en vigencia los instrumentos de la Constitución de 1857 caídos en desuso y conculcados, que le permitirían acceder a la dirección de los municipios y del propio poder central. La lucha de la clase media tendrá una orientación dominante política, por cuanto estaba interesada sobre todo en desplazar a la clase superior más que específicamente interesada en abolir los privilegios. A regañadientes habrá de conceder más adelante los derechos igualitarios reclamados por las masas agrarias, reconociendo tardíamente que manejadas con cautela ellas la fortifican, pero en un comienzo su planteo está puesto exclusivamente en términos de poder político. De ahí que encontrara su perfecta expresión en la ideología de Madero. Él abría la posibilidad de un pacto entre un sector de la alta burguesía y la clase media, obteniendo de ésta un apoyo importante en el momento en que se avecinaba la necesaria sustitución del general Díaz.

(1) MARIANO AZUELA. — *Obras Completas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1958, t. III, p. 1181.

El "maderismo" será una ideología de los sectores medios, y es por eso que el apoyo primero y el sostenimiento de su causa estará a cargo de esos sectores ilustrados, que en la medida en que se agudiza el enfrentamiento, proporcionarán los jefes revolucionarios junto a los doctores. Así lo ve Silva Herzog: "Entre los componentes de la clase media se hallaban los hombres más cultos de la sociedad mexicana, los más inteligentes y de más relevantes prendas morales. De la clase media salieron no pocos caudillos y quizás los mejores de la Revolución de 1910"(1). En la visión hipostasiada que Azuela ofreció de Madero en sus últimos días, el colaborador seguro que narrativamente le concede al jefe es un ingeniero en quien se encuentran las condiciones alabadas por la clase media: honradez, responsabilidad, trabajo. Y es en su boca que pone la frase definitoria de una relación de lealtad constante: "el señor Madero no es un intelectual, pero vale más que eso: es un héroe y es un santo"(2).

La presencia de las clases medias como actores y orientadoras de los fenómenos revolucionarios no fue vista hasta hace pocos años. El hecho de que, no bien desencadenada la revolución maderista, y conscientes de su debilidad para destruir, solas, el poderío militarizado del antiguo porfirismo, debieran apelar a la ayuda de los sectores populares, en particular campesinos, y que éstos invadieran la escena imponiendo progresivamente sus exigencias de clase, disimuló su acción iniciadora así como su sutil actividad a lo largo de la segunda, tercera y cuarta décadas del siglo.

Desde la perspectiva de los años transcurridos desde la aparición del libro de Madero y del definitivo triunfo de las clases medias, su acción se ha hecho evidente. "En realidad la Revolución Mexicana sólo logró dar un paso que va del desarrollo colonial al desarrollo nacional de tipo semicapitalista. De un sistema dependiente que reduce los beneficios del desarrollo a un grupo pequeñísimo de extranjeros, funcionarios, militares y latifundistas, la Revolución permitió el paso a un sistema que aumenta los beneficios del desarrollo, que da lugar a la expansión de las clases medias, la burguesía rural, los trabajadores calificados". Esta observación de Pablo González Casanova (3) corresponde al año 1962 en que ya se dispone de una amplia perspectiva histórica para valorar los resultados del movimiento revolucionario y reconocer quiénes fueron los directamente beneficiados. Podría aproximarse esta síntesis del esquema interpretativo al que en 1950 llegaba un sociólogo, Nathan L. Whetten, analizando justamente el desarrollo de esas clases: "En opinión de este autor, los programas revolucionarios han tenido los siguientes resultados sobre la estructura de clases: 1) mejoraron algo la suerte de los miembros de la clase baja, y éste ha sido, proba-

(1) JESÚS SILVA HERZOG. — *Breve historia de la revolución mexicana*. México, Fondo de Cultura Económica, 1962 (2.^a edición), t. I, p. 41.

(2) MARIANO AZUELA. — Ob. cit., t. III, p. 558.

(3) PABLO GONZÁLEZ CASANOVA. — *México, el ciclo de una revolución agraria*. Cuadernos Americanos, XXI, 1, enero-febrero 1962, p. 11.

blemente, el más importante resultado de la Revolución; 2) estimularon el crecimiento de la clase media, y 3) transformaron la composición de la clase alta”(1). Si la referencia de Whetten al mejoramiento de la clase baja se entiende en su cabal significación, a saber como el pasaje de un sector rural a la clase media, estaríamos en una comprobación similar a la de Pablo González Casanova acerca del beneficio mayor que esta clase obtiene una vez cerrado el período revolucionario.

Una comprobación semejante se recoge de los minuciosos estudios de Iturriaga. Tomando dos fechas máximas, 1895 y 1940, y teniendo en cuenta los aumentos de población distribuidos por clases sociales, Iturriaga llega a estas conclusiones acerca de la dinámica del crecimiento de cada una de las clases sociales: “Tomando como base de la comparación el ritmo de crecimiento de las clases altas, esto es, como 1, la clase media urbana se desarrolló a un ritmo de 17,49; la clase media rural creció con un ritmo de 19,93; la clase popular urbana creció a un ritmo de 11,76 y la popular del campo a un ritmo de 1,84”(2).

Tanto vale reconocer la capacidad operacional de los grupos medios, definitiva de su certera implantación en la realidad, que ha de afirmar de un modo explícito John Johnson: “La conducta de los sectores medios entre 1917, cuando fue promulgada la Constitución mexicana actualmente en vigor, y 1940, cuando la elección de Manuel Avila Camacho allanó el camino para que los grupos medios urbanos pudieran formular su política e intervenir en la administración nacional, ofrece el insólito ejemplo de la habilidad mostrada por éstos para sobrevivir en distintos climas políticos”(3).

Aunque justipreciando la importancia de las clases medias en el desencadenamiento de la revolución, Johnson tiende a desestimar su intervención durante el segundo período revolucionario, afirmando que “entre 1920 y 1940 la influencia de los sectores medios sobre la vida política se ejerció de manera muy indirecta y negativa” y que “fueron los últimos que presentaron sus demandas a la nación. Entre tanto luchaban para proteger los cimientos sobre los cuales pensaban construir su futuro en el plano nacional cuando pudieran actuar decisivamente en política”(4). Efectivamente, hay un aparente retiro de las clases medias a partir de 1920; se sienten sumergidas en fuerzas que no dominan y a las que dejan el primer plano de la acción política e incluso se consideran preteridas injustamente por una clase baja que carece de preparación. Este retiro es sólo aparente, y se

(1) NATHAN L. WHETTEN. — *The rise of a middle class in Mexico*, en *Materiales para el estudio de la clase media en América Latina*. Washington, Unión Panamericana, 1950, t. II, p. 17.

(2) JOSÉ E. ITURRIAGA. — *La estructura social y cultural de México*. México, Fondo de Cultura Económica, 1951, p. 31.

(3) JOHN JOHNSON. — *La transformación política de América Latina*. Buenos Aires, Hachette, 1961, p. 155.

(4) JOHN JOHNSON. — Ob. cit., pp. 162-3.

compensa ampliamente con el esfuerzo que en estos mismos años cumplen para ensanchar su base económica y fortificarse a la espera de su momento.

Su presencia, en una u otra dirección, en una u otra trinchera, es permanente a lo largo de todo el proceso revolucionario. Pensarlo de otro modo sería no hacer justicia a la complejidad y aun disparidad de los sectores medios, al abanico grande que tienden entre una capa alta, intelectual y rica, vinculada a los comerciantes urbanos, y una muy baja de empleados provincianos y pequeños propietarios. Esta diversidad es buena explicación de su capacidad operacional a través de la tormenta revolucionaria y de esa peculiar labilidad que le permite inclinarse a un lado u otro del espectro social, aprovechando la varia relación que le otorga su ubicación en el centro del cuerpo social. En los cuadros estadísticos preparados por Iturriaga (1) se puede seguir, de decenio en decenio, el movimiento ascendente de los sectores medios, en especial los correspondientes a los centros urbanos que, de distintos modos, no dejan de crecer a lo largo del período 1910-1950.

Ese largo y muchas veces dificultoso desarrollo, viene potenciado por la dinámica de ascenso social que caracteriza a las clases medias. Al comenzar el siglo XX son las que han adquirido más clara conciencia, así como posibilidades económicas y culturales acordes, de que deben alcanzar el poder. Cuando ni se le ha planteado el problema a las masas agrarias, cuando recién despunta en el proletariado urbano que está acometiendo la ingente tarea de su organización y auto educación como clase, ya los sectores medios han conseguido un desarrollo que los conduce a codiciar el poder político.

¿Quiénes eran? ¿De qué vivían? ¿Qué pensaban? Silva Herzog los caracteriza en estos términos: "La clase media se componía de ingenieros, abogados y médicos de escasa clientela, profesores normalistas, empleados de oficinas, dependientes de comercio, pequeños comerciantes, trabajadores calificados de los ferrocarriles, artesanos con éxito, etc. Cabe estimar que aquellos que a principios del siglo recibían ingresos entre cincuenta y cien pesos mensuales, tenían un nivel de vida que los colocaba en esa clase o categoría social. Los de ingresos un poco mayores vivían con cierta holgura: los de menos ingresos, treinta o cuarenta pesos al mes, vivían en la pobreza, en una pobreza un tanto vergonzante"(2). Clasificándolos, tendríamos: un sector intelectual, autónomo (profesionales) o dependiente (maestros) que no debió ser un porcentaje muy importante pero que, por su brillo e importancia social, se destacó sobre el fondo de la clase media; un sector burocrático tanto oficial como privado y que correspondió siempre a los estratos más bajos; un sector de pequeños comerciantes independientes y por último un muy escaso sector de obreros calificados.

(1) JOSÉ E. ITURRIAGA. — Ob. cit., Cap. "Las clases sociales en México".

(2) JESÚS SILVA HERZOG. — Ob. cit., t. I, p. 41.

Una imagen rápida de la situación de esa clase media dentro del concierto social, la ofrece Vasconcelos en su citada autobiografía, al describir la vida en la meseta central, en Toluca, contrastándola con la que llevaba en el puesto fronterizo de Piedras Negras: "Un gran número de indios vestidos de azul y blanco, trigüeña la piel y un andar de trote bajo la carga sobre los hombros, pasaba temprano rumbo al mercado. Los criollos salían también para la misa, pero luego se encerraban tras sus vidrieras. Unicamente los domingos a mediodía asomaban por los portales, muy bien vestidos, para dar vueltas al son de la banda militar. Sobresalían unos cuantos terratenientes que frecuentan la capital y llegan hasta Europa, pero ni conocen ni saludan al vecino. Familias de empleados se mezclan con ellos en el paseo, sin que se entable la más elemental relación. La misma distancia, otro abismo, separa a la clase media, «pobre, pero decente», del indio que circula por el arroyo y se arrima a la música, pero lejos de los que usan el traje europeo. Extraños al mundo aquel de castas bien definidas, nosotros nos manteníamos aparte...". "Por el paseo toluqueño desfilaban indios embrutecidos bajo el peso de sus cargamentos, que no saludan por timidez, y propietarios en coche, que no saludan por arrogancia. Entre ambos, una clase media desconfiada, reservada, silenciosa, empobrecida"(1).

Esta imagen, que corresponde a la finalización del XIX, habría de ir cambiando en el primer decenio del XX. La reserva y el silencio, el desconcierto de esta clase, dejan paso a una actitud más beligerante, y en las ciudades comienza a pesar su opinión. Había presenciado el proceso de enriquecimiento de los terratenientes y de las compañías en los deslindes aprobados por el gobierno y había observado el empobrecimiento creciente de las masas agrarias que acarrearón; había observado asimismo el enriquecimiento que las industrias extractivas (minas y petróleo) les significaran a los extranjeros y a los concesionarios nativos, y ya había visto los primeros movimientos de agremiación y protesta de los obreros; había comprobado que la riqueza estaba vinculada estrechamente al poder, concentrándose en la autoridad del general Díaz y de su corte de "científicos" y ya había visto que su capacidad para infiltrarse en esa rueda áurea era muy escasa, pues la clase alta fomentaba el abismo que la separaba de las restantes de la sociedad mexicana; había desarrollado en este mismo tiempo un agudo sentimiento nacionalista y una jerarquía de valores intelectuales que la hacía sentirse auténticamente representativa del país y capacitada para imprimirle el necesario impulso de avance.

Pero, como observara Johnson para todo el fenómeno de clases medias en América Latina, carecía de toda experiencia política y su muy escasa homogeneidad y su escasa tradición de pelea, la volvían poco capaz para la acción violenta. Se sentía más a gusto en una

(1) JOSÉ VASCONCELOS. — Ob. cit., cap. "En Toluca", pp. 86-7.

biblioteca, en un escritorio o en un mostrador que en mitad de la calle. Por eso habría de intentar, mientras le pareció posible, un cambio pacífico, y por eso habría de robustecer el maderismo. Luego ella, como las clases bajas, habría de hacer el aprendizaje de la acción, fracasando y afirmándose una vez y otra. Incluso cuando las masas campesinas ocupan el campo revolucionario, continúa la clase media su actividad, que debe deslindarse de cerca para ver las diferencias de comportamiento, de ideales, para redescubrir su personalidad propia dentro del torbellino revolucionario. El hecho de que fuera la clase intelectual, por definición, en este período, y que por su afán racionalista tendiera siempre a explicarse y definirse con respecto a los sucesos contemporáneos, nos proporciona un abundante material acerca de sus concepciones.

III

LA EDUCACION INSTRUMENTO DE PODER

Como hemos apuntado, uno de los sistemas preferidos por los sectores medios para desplazarse verticalmente, fue la educación. No se trató, ni podía serlo, de una elección libre, sino del acondicionamiento de sus ambiciones a la situación real de la época. Puestos entre dos grandes sectores que iban separándose (una inmensa mayoría de campesinos y obreros que se empobrecía y una pequeña minoría de la alta burguesía porfirista que se enriquecía) y por diversos motivos impedidos de subirse al carro de esta última, aprovecharon el camino que se ofrecía: la educación.

Fueron por lo tanto los grandes beneficiados de la reforma de Barreda y la educación positivista. En definitiva a ellos les estaba dirigida, buscando dotarlos de una preparación intelectual necesaria a los planes del liberalismo de la Reforma. El desarrollo del país pacificado creaba un aparato administrativo imprescindible a sus fines, tal como lo demuestra la ampliación del número de funcionarios públicos bajo Porfirio Díaz, concomitante del similar aumento en las actividades privadas, promovido por la ampliación de explotaciones agrícolas, industriales y comerciales.

La clase alta no estaba en situación de proveerlos porque, reservándose los puestos directivos de la economía y, colateralmente, los de la política, se desinteresaba de las restantes actividades. Los propietarios territoriales, cuando concebían la posibilidad de educar a sus hijos pensando sobre todo destinarlos a prohombres del régimen, apelaban a la educación extranjera (es el caso del propio Francisco Madero enviado a Estados Unidos) o recurrían a la educación privada de Mascarones, en la capital. Se trata del extranjerismo habitual de las clases altas que desconfían de los valores nacionales, pero también

de un esfuerzo para mantenerse alejadas tanto de la clase media como de una educación —la de la famosa Preparatoria cuyos planes trazara Barreda— de la que, si bien podían reconocer su utilidad para la formación de los técnicos del país, consideraban que no interpretaba cabalmente su cosmovisión filosófica. El propio dictador había reconocido en su entrevista con Creelman: “Los ricos están siempre hartos preocupados con su dinero y dignidades para trabajar por el bienestar general, y sus hijos ponen poco de su parte para mejorar su educación y su carácter (1).”

La clase media se consagró de modo cada vez más excluyente a las posibilidades que abría la educación para preparar tanto a los profesionales independientes como a los funcionarios administrativos, creando asimismo los cuadros educativos necesarios a esa preparación. Ellos le servían para prolongar y robustecer su ideología que, en los hechos, tendía a minar lentamente el poder absoluto de la clase alta. Es éste uno de los motivos de los ataques que a partir de 1880 se desencadenan contra la educación positivista (el plan Montes) destinados a destruir esta ciudadela de las clases medias que fue la Escuela Preparatoria, aunque ella no satisficiera su filosofía de clase en ascenso; el otro motivo fue la necesidad perentoria de formar a los técnicos que el país necesitaba tratando de que fueran meros servidores del régimen, carentes de una ideología, lo que demuestra escaso entendimiento de la vinculación entre los basamentos socio-económicos y los problemas intelectuales, por parte de las autoridades políticas del momento.

De su preparación intelectual los sectores medios extraían un orgullo que les permitía justificar su ambición de sobresalir en el rígido conglomerado social de la época. Los conocimientos que adquirirían les otorgaban —a sus propios ojos— el ansiado *status* social, imaginando que así suplían el auténtico basamento económico sobre el cual reposaba entonces la jerarquía, y que aún les estaba vedado. La autobiografía de Vasconcelos está llena de agudas observaciones sobre esta situación, pues él vivió intensa y dramáticamente las carencias que derivaban de su situación social. Incluso puede reinterpretarse su oposición, política y filosófica, al Porfiriato, en base a ellas. Como tantos otros, percibió que el escalonamiento de la sociedad se hacía en base a la riqueza y lo entendió como la consecuencia de la vida política sobre el plano de la vida económica, e incluso llegó a buscarle una previa explicación filosófica: “la vil situación política no dejaba a la ambición otro camino que el del éxito por el dinero. El endiosamiento del poderoso tiende siempre a reemplazar la imagen de Dios con la del César. Y el culto del hombre conduce al del Becerro. Porque si no hay más que el hombre, lo único que hace falta es el oro que da poder. Bajo el porfiriato, lo mismo que hoy, la medida de todos los valores la daba el oro... El dinero y

(1) PASCUAL ORTIZ RUBIO. — *La revolución en 1910*. México, Botas, 1936, p. 90.

el goce, privilegio del apto; el dolor y el trajín, patrimonio de los inferiores que, más bien, deberían desaparecer; tal la sociología de la época”(1). Esta visión de una realidad cruda, por parte de quien estaba fuera del círculo de los usufructuantes, podría aproximarse, como un oscuro respaldo explicativo, a la concepción que de la cultura nos ofrece Vasconcelos rememorando su juventud: “Nos preocupaba el ser, no la «Cultura». No nacía aún o no nos llegaba esta nueva religión de la Ciencia que en aquel instante superábamos. Por mi parte, nunca estimé el saber por el saber. Al contrario: saber como medio para mayor poderío y en definitiva para salvarse; conocer como medio de alcance de la suprema esencia; moralidad como escala para la gloria, sin vacío estoicismo; tales mis normas, encaminadas francamente a la conquista de la dicha. Ningún género de culto a lo que sólo es medio o intermedio y sí toda vehemencia dispuesta para la conquista de lo esencial y absoluto”(2).

Esta concepción del saber y la cultura como instrumentos eficaces para conseguir el poder (tanto dentro de la sociedad real y restringida en que se vive como, por proyección, dentro del campo superior y universalista del conocimiento) responde a la voluntariedad conquistadora de los sectores medios en trance de desarrollarse y revive, con nueva vitalidad, algunas de las ideas dominantes de la burguesía en su ciclo de expansión por el mundo moderno. Conviene subrayar que era el único camino viable que les dejaba el régimen, que con respecto a ellos adoptaba una posición doble. Les había otorgado los medios de preparación intelectual y les concedía modos de vida en el funcionamiento burocrático, respetando algunas de sus características por lo demás ensalzadas: trabajo, honradez, decencia. Pero cuidaba de no facilitarle un poder mayor y tendió a supeditarlos al centro político, transformándolos en colaboradores pasivos del régimen. Consiguieron el apoyo de una parte de estos sectores medios, neutralizando sus ambiciones y arrastrándolos en los años revueltos de la Revolución a extremos de servilismo. Pero no pudo ganarse al sector más avanzado que reclamaba la transformación económica del país, su propia incorporación al país y el desplazamiento de los grandes propietarios.

Hasta su caída Porfirio Díaz contó con el ofrecimiento de apoyo por parte de los sectores medios, dispuestos a robustecer y ampliar la base de su poder. Tanto el reyismo como el maderismo, que fueron las dos grandes aglutinaciones políticas de esos sectores, buscaron tenazmente una componenda con Porfirio Díaz, y es difícil determinar en qué medida fue éste el gran error del caudillo. Porque la clase media disponía de muy escaso poder real y se engañaba creyendo que su preparación intelectual suplía las endebles bases sobre las que se asentaba. No hubieran podido derrotar a Porfirio Díaz —cuando éste se les negó— y desalojar a la clase superior, si no hubieran ape-

(1) JOSÉ VASCONCELOS. — *Ulises criollo*. México, Botas, 1937 (8.^a edición). Cap. “En el juzgado de lo civil”, pp. 261-2.

(2) VASCONCELOS. — Ob. cit., cap. “El intelectual”, p. 320.

lado a las masas populares, entregándose obligadamente a ellas. Los más avisados, los más desconfiados de esa apelación a las masas, así lo entendieron y agotaron recursos para lograr una transmisión lenta y pacífica del poder, lo que significaba establecer un ambiguo pacto con las clases dominantes a través del poder militar que regia el país.

Es muy ilustrativa la visión que de la clase media y de su afán educativo nos ofrece Vera Estañol, quien fuera uno de los últimos ministros de Porfirio Díaz e integrara luego el gabinete de Huerta a la caída de Madero. Por tratarse de un representante del espíritu conservador, nos permite examinar con nitidez la oposición que al crecimiento de los sectores medios por la vía cultural manifestaban las clases dominantes, así como su afán de verlos orientarse hacia tareas manuales que los situaran en el plano del proletariado calificado. Es el deseo de conseguir el desarrollo intelectual por un camino exclusivamente técnico que asegure el mejor funcionamiento de la maquinaria económica. En la época quedó contaminado por la imitación de lo que se decía, ejemplo de Estados Unidos, y de la falta de prejuicio de sus ciudadanos para las tareas manuales. No se consideró que la peculiar organización industrial de Estados Unidos permitía al ciudadano adquirir por ese camino un alto nivel económico, mientras que en México, y en el resto de América Latina, sólo conducía al cargo de capataz. Recuérdense las reivindicaciones de los ferroviarios por lograr el ascenso de los nacionales en la escala profesional.

Dice Vera Estañol: "Cuanto de aversión han sentido nuestras clases medias por la fábrica o el obrador, tanto de fascinación han ejercido sobre ellas las carreras científicas o literarias, ora a la vista de respetables fortunas o envidiable renombre alcanzados por tal o cual profesionista de vuelos, ora por la aceptación social que secularmente han gozado quienes pueden ostentar un diploma, ora también porque para los señoritos mimados la vida de estudiante es disimulado pretexto de holganza y disipación. Casi no habría padre o madre que, al pensar en el porvenir de su hijo, no pensara también en hacer de él un Pardo o un Lavista, sin que los fracasos de los más hayan sido parte a opacar la impresión seductora despertada por los triunfos de los menos...". "De la inclinación no resistida a formar abogados, médicos e ingenieros, surgió y se propagó la clase especial de los proletarios profesionistas, éstos que después de luengos estudios y grandes sacrificios alcanzaron el título apetecido y al penetrar en la vida práctica se persuadieron de que un papel no es el fiat de la fortuna...".

Esta referencia al fracaso de los profesionales, no enteramente incierta pero contradictoria con el constante reclamo en la época de profesionales extranjeros y con el hecho de que no sólo ingenieros y químicos venían del exterior —especialmente de Estados Unidos— sino que hasta abogados instalaban bufetes en la capital, es la que, para Vera Estañol, explica la superabundancia de empleados públicos:

“Los empleos en las oficinas del gobierno fueron para estos hombres el supremo ideal. Pocas horas de ocupación, trabajo de pluma descansado, seguridad en la posición, perspectivas de ascenso en fuerza de buenas relaciones y recomendaciones para con los jefes del ministerio; en suma, la burocracia en todo su esplendor, la “empleomanía” en todo su apogeo. Y a falta de puestos en las oficinas públicas, los de escritorio y de mostrador en los bancos y en las casas de comercio. Tal era la esfera de acción de la burguesía y clase medias en México; tal tenía que ser su condición económica”(1).

El menosprecio hacia la clase media y la desconfianza por su afán de educarse es muy visible en el texto. No es aceptable, sin observaciones, la explicación de Vera Estañol sobre la formación de la burocracia. No nació por obra del paternalismo porfiriano, sino por necesidades del desarrollo de actividades del Estado en la medida en que el país crecía económicamente. En cambio es cierto que el nivel restringido que se les concedía a los elementos cultos de la clase media, el freno que se ponía a sus ambiciones, es una explicación válida del resentimiento que en ellos se propagó contra el gobierno. Siendo los ciudadanos mejor preparados intelectualmente no podían ocupar puestos claves. Esta es mejor explicación del resentimiento generalizado, que no la que ofrece Vera Estañol atribuyéndolo al programa de educación que inspirara Justo Sierra: “El proletariado profesionista fue la segunda indeclinable consecuencia: intelectuales medianamente cultas, malogradas por exceso de la oferta y deficiencia de la demanda; espíritus despechados; ambiciones no satisfechas; aspiraciones irrealizadas, fermentos todos de desintegración social”(2).

Los elementos cultos de la clase media se distribuían entre los funcionarios y los profesionales, o sea entre un sector dependiente y otro autónomo. Era generalizada ambición pasar del primero al segundo. Vasconcelos recuerda el odio de su padre hacia el funcionario dependiente —y en su caso sin protección oficial— que genera la idea de que nada es mejor que llegar a profesional y trabajar sin amo: “mi padre me contagiaba de su odio a la vida burocrática: «No se hacía carrera para eso, afirmaba, sino para volverse independiente»”(3). Del mismo modo era ambición constante pasar de la administración privada a la pública. Por un lado proporcionaba la mayor seguridad tal como observó Vasconcelos cuando la decadencia de Campeche: “El mal gobierno del centro, al destruir a Campeche con sus exacciones y con leyes disparatadas como la que dio el cabotaje a las empresas yanquis de navegación, determinó el éxodo de más de media población. Centenares de familias se fueron de esta suerte a engrosar el proletariado burocrático...”(4). “Cogida en silencioso,

(1) VERA ESTAÑOL. — *La revolución mexicana. Orígenes y resultados*, México, Porrúa, 1957, p. 16.

(2) VERA ESTAÑOL. — Ob. cit., p. 41.

(3) VASCONCELOS. — Ob. cit., cap. “Mis hermanas”, p. 282.

(4) VASCONCELOS. — Ob. cit., cap. “La gimnasia”, p. 120.

deliberado desastre, la clase media se refugiaba en el favor del ministro campechano que administraba la limosna de los empleos en la capital”(1); por otro lado el empleo oficial conllevaba un matiz social más prestigioso e incluso, aunque referido al período de estabilidad política del Porfiriato, una mayor posibilidad de independencia y vida moral. Aunque Vasconcelos habla desde el rencor anticarrancista, puede reconocerse verdad en sus observaciones sobre la burocracia porfirista: “A diferencia de los actuales, un funcionario porfirista podía conservar cierto decoro en el ejercicio de sus funciones. Era reconocida una mayoría de jueces honorables y de administradores probos”(2).

Quizás pueda vérselo, no en los funcionarios pervertidos que aparecen en *Las moscas* o en *Las tribulaciones de una familia decente* de Mariano Azuela, sino en la minoría de burócratas que militaron en las filas primeras y más sacrificadas del maderismo; hombres que conservaron un sentimiento de dignidad insobornable. La violación de derechos que debieron presenciar, si bien los hizo algo escépticos no quebró una jerarquía moral a la que se aferraron en época de descomposición. El lugar de mediadores que les corresponde en la escala social y que los aleja del contacto directo con los sucesos más brutales e injustos, remitiéndolos al engranaje del papel escrito donde se sustentan las fórmulas que consagran el atropello, les permitió la duplicidad de ser colaboradores obligados del régimen y al mismo tiempo sus censores morales.

Un texto de José Ruben Romero testimonia la retracción que sin embargo padecen cuando se enfrentan directamente a esa injusticia social en la que colaboran. El mismo texto permite ver cuánto más espinosos para su conciencia moral y cuánto menos mediatizados eran los empleos de tipo privado en la época. Cuenta Romero en su novelada autobiografía, de una de sus primeras ocupaciones juveniles: “Un notario, conocido nuestro, viendo la mala situación porque atravesábamos, propuso a mi padre que yo fuera a trabajar con él, haciendo escrituras. Aceptamos, y así comencé a ir a su notaría, afanoso por ganar algún dinero. En un principio me agradó el trabajo. Copiaba mecánicamente documentos sin fijarme en el sentido de ellos y a esto hay que agregar que el notario tenía una hija guapa, que me veía con buenos ojos; pero al mejorar mi labor fui ganando la confianza del jefe, quien me encargó que yo atendiera al público. Entonces vi tal cantidad de miserias, de injusticias y de expoliaciones que no quise más tiempo servir de amanuense en aquellos papeles repugnantes. Pobres indios, incautos, que entregaban su hijuela a cambio de unos pocos pesos para gastarlos en la mayordomía de alguna imagen; albaceas sin conciencia, arruinando menores; viudas, engatusadas por los frailes que cambiaban sus casas por responsos! Y yo cobrando al escribir aquellas felonías e imponiendo también mi

(1) VASCONCELOS. — Ob. cit., cap. “Melancolía”, p. 124.

(2) VASCONCELOS. — Ob. cit., cap. “La realidad”, p. 305.

contribución a la insensatez y al error. Mil veces la miseria a estas indecencias de las que un notario daba fe y yo testificaba, a cincuenta centavos la firma. De acuerdo con mi padre, no volví más al bufete”(1).

Tanto los funcionarios como los que ya podemos llamar los intelectuales (profesionales, educadores, escritores) generaron el principio del valor superior de la cultura, de la que eran los consumidores y usufructuarios principales, y ese valor lo constituyeron en cartabón que debía utilizarse para jerarquizar nuevamente el cuerpo social. Automáticamente pasaron a ocupar la cabeza de un ordenamiento, distinguiéndose de los poderosos, pero también y sobre todo de la masa ignorante y analfabeta del país, sobre la cual esgrimieron los mismos argumentos antiguos del paternalismo. Intelectuales y funcionarios formaban un subgrupo dentro de una clase social, y desarrollaron intensamente la correspondiente conciencia de clase, que les permitió reconocerse como un conglomerado coherente.

IV

LOS INTELECTUALES EN LA REVOLUCION

Constituirse en un “narrador parcial y apasionado” implica afirmar que tras el autor hay un ciudadano que está enjuiciando la realidad circundante en base a una moral, a una filosofía, a una doctrina política. A partir de *Andrés Pérez, maderista* la tendencia crítica de la narrativa de Azuela —ya presente en sus primeras obras naturalistas— se agudiza, transformándose su obra en un análisis partidista de la sociedad de su tiempo.

Si bien los “caciques” y la élite política del huertismo son objeto de una severa denuncia que, debido al régimen sarcástico de la requisitoria adopta frecuentemente formas caricaturales o grotescas y si bien las demasías de las masas campesinas y sus caudillos serán motivo de tesonera censura, los sectores más acremente enjuiciados son los más cercanos y mejor conocidos por el escritor, aquellos de su misma extracción pequeño burguesa. Se trata de los exponentes de la baja clase media pueblerina (a los que dedica una buena parte de su novela *Los caciques*), los representantes de la alta clase media pueblerina vinculada al huertismo primero y al carrancismo después (cuyas vicisitudes son pintadas en *Las tribulaciones de una familia decente*), los funcionarios estatales cuyas extracción social y cosmovisión también los sitúan en la clase media (que pretextan el desenfreno de una novela,

(1) JOSÉ RUBEN ROMERO. — *Apuntes de un lugareño*, en *La novela de la revolución mexicana*. México, Aguilar, 1962, tomo II, cap. “Juventud divino tesoro”.

Las moscas, que puede emparentarse con algunas formas pre-expresionistas) y en particular los intelectuales para los que reserva las invectivas mayores y de los que trata en todas las novelas del período que examinamos, desde *Andrés Pérez, maderista*, que en los hechos está consagrada totalmente a ellos, hasta *Los de abajo*, donde reserva una principalía al intelectual que se integra a la lucha armada campesina: el curro Cervantes.

De todos estos sectores, ninguno le causa reacción más apasionada que el de los intelectuales. Cuando se refiere a ellos pasa bruscamente al libelo, acumula sin mesura las injurias hasta excederse en el efecto buscado rompiendo así con los andadores narrativos que orientaban la obra. El apasionamiento postula la cancelación de los órdenes literarios adoptados, dando paso al panfleto cargado de insultos.

Esta virulencia tiene que ver con la división que se había producido entre los intelectuales del país al organizarse las tres fuerzas que en la inminencia de 1910 aspiran al poder: el porfirismo reeleccionista, el reyismo que se presenta como alternativa y a la vez como continuación, y el maderismo disidente. Vasconcelos estima así la distribución de los intelectuales entre esas tres corrientes político-ideológicas: "Con los reyistas se afiliaron casi todos los intelectuales de nota y jóvenes que se iniciaban en la política, pero más o menos contaminados por los favores del régimen. Jesús Urueta, Luis Cabrera, Zubaran, futuros ministros de Carranza, fueron reyistas y contemplaban la actividad de Madero como la aventura de un loco. Los que seguíamos a Madero éramos desconocidos como las multitudes que iba levantando a su paso. La inteligencia culta, lenta para decidirse, seguía con el viejo régimen, ya con el disfraz reyista ya con el científico o limanturista. Nuestra generación escolar se había dividido. Los más brillantes, José María Lozano, Nemesio García Naranjo, se subordinaron a Pineda y los científicos. El grupo del Ateneo se mantenía ajeno a la política, pero su mayor parte simpatizaba con el maderismo" (1). Este balance puede aproximarse a la conclusión a que llega Jesús Silva Herzog, confirmando una interpretación de Federico González Garza: "Efectivamente, puede afirmarse que en los años de 1910 y 1911, la inmensa mayoría de los intelectuales mexicanos estaban de alguna forma ligados al régimen porfirista. Los pocos de auténtica valía y que estuvieron con la Revolución desde sus comienzos, tal vez no pasaban de algo más de una docena" (2).

En la primera década del siglo se vivía en México un proceso de crisis acelerada, provocada por la falta de adecuación de la estructura política dominante a la ordenación socio-económica real del país. Es habitual que en tales procesos, el resquebrajamiento de los valores establecidos genere, antes que otra cosa, un estado de confusión generalizada; se destruye la aparente homogeneidad reinante, se exacerba

(1) JOSÉ VASCONCELOS. — *Ulises criollo*, cap. "El nuevo embajador", p. 400.

(2) JESÚS SILVA HERZOG. — *Breve historia de la revolución mexicana*, t. I, pp. 187-8.

el fragmentarismo de las distintas tendencias y obligadamente se produce una revitalización de la vida intelectual ya que a este plano se traslada la intensa polémica social, para su dilucidación e interpretación. La necesidad de comprender la nueva situación y por ende de asumir doctrinas rectoras, urgentemente reclamadas por la imprevista confusión e inseguridad que se vive, da lugar entonces a una demanda intensificada de productos intelectuales.

Es oportuna la evocación que del período hace Alfredo Maillefert en sus recuerdos: "El primer fenómeno que ocurrió entonces —dice— es la importancia que de un momento a otro tomaron los periódicos. Nosotros no leíamos periódicos —sino los *ilustrados* de los domingos—, pero entonces comenzamos a leer los diarios. Nosotros —y este plural envuelve ahora no sólo ya a mi persona, sino a mi ambiente todo— no hablábamos de política, y entonces comenzamos a interesarnos en ella. Se hablaba de política en toda la ciudad" (1).

Conviene recordar que fue un libro el que abrió la polémica: el estudio de Madero sobre la sucesión presidencial. Buen índice del reclamo de planteos intelectuales esclarecedores que hacía la hora. Era lógico que esa polémica se desarrollara luego en los únicos instrumentos de intercambio intelectual que existían entonces: los periódicos. En ellos escribían no sólo los *reporteros* —recientemente aparecidos como exigencia del nuevo instrumento de comunicación que iba forjando sus cuadros de trabajo— sino los escritores y poetas del modernismo que, desde el ejemplo paradigmático de Gutiérrez Nájera, habían encontrado en el periodismo sustento económico y posibilidades de acción intelectual que le estaban vedadas en otros campos. Pero esos periódicos, por su peculiar estructura económica que los hacía dependientes de los intereses que se movían en torno al gobierno, se alistaron en un porfirismo que deviene beligerante y coaccionaron a sus cuadros intelectuales para que se encargaran de la violenta campaña antimaderista que no había de reparar en insultos y calumnias. El enfeudamiento de los intelectuales a los intereses del régimen y en especial de las clases altas quedó así patentizado. Si no había sido tan notorio hasta el momento se debía, como en esta crisis se reconoció, a que la anterior seguridad del régimen no los necesitaba para una lucha frontal. Pero no bien se produjo la ruptura de la paz porfiriana, revelándose que ella no representaba, como pretendía, los intereses globales de la nación, los intelectuales pasaron a mostrarse como la parte servicial y frecuentemente venal del régimen, comisionados por su especialidad para recubrir los propósitos políticos y económicos tanto del porfirismo como del huertismo, con justificaciones teóricas o con cantos de alabanza, en una típica tarea de ideologización.

En los hechos quien torna evidente esta situación de dependencia y fuerza a los intelectuales porfiristas a que, por fatal deslizamiento,

(1) ALFREDO MAILLEFERT. — *Los libros que leí*, México, Edic. de la Universidad Nacional de México, 1942, p. 110.

lleguen a extremos de abdicación mental y ética, es el pequeño sector intelectual del maderismo. Su sola existencia, su actitud resistente, su militancia crítica, desenmascara la pretendida unanimidad nacional y la pretendida apoliticidad de los intelectuales oficiales (o de los integrantes de la oposición de Su Majestad que forman el reyismo), mostrando que están al servicio de un determinado sector social que, para mayor certificación de su poder, los financia.

Entra así en quiebra la característica actitud del intelectual de la época modernista quien, habiendo aceptado la división científica del trabajo que acarreaba el positivismo, se había recluido en su zona de exclusiva dedicación literaria, rehusando los cometidos patrióticos, morales, sociales, que su antecesor romántico entendía como específicos de la función poética. La actitud de prescindencia, con la cual el poeta modernista conseguía cohonestar su conciencia moral y la exigencia de dedicación artística superior que le planteaba la época, y que había sido aceptada mayoritariamente por su tiempo, es ahora motivo de vilipendio. En *Las moscas*, Mariano Azuela utiliza un texto de Díaz Mirón, quien en esos momentos había adherido al huertismo, para desnudar sarcásticamente una prescindencia que entiende, en verdad, falsa. "Hay plumajes que cruzan el pantano y no se manchan... Mi plumaje es de esos" decía Díaz Mirón, definiendo no sólo la calidad intocable del poeta sino también, más hipócritamente, la posibilidad de convivir con el pantano de la realidad sin quedar contaminado. Puesto en boca de la Matilde de la novela, dispuesta a cualquier abyección para sobrevivir en tiempos revueltos, el texto adquiere un marcado matiz sarcástico (1).

En la misma novela, Neftalí le sirve a Azuela para denunciar el "escapismo" del intelectual modernista. Para ridiculizarlo coloca al joven "nefelibata" en una agobiada dependencia de la realidad que transforma sus tendencias a lo sublime en gestos vanos y grotescos: "Neftalí, que en estado de agotamiento se ha hecho tres dobleces al pie de la barraca y contempla inconsolable la desolación de sus botines, esboza un gesto que significa: "¡Señor director, bien sabe usted que vivo encerrado en mi torre de marfil, que mi espíritu vuela por las cumbres de las nieves eternas de la serenidad y que es ajeno a todas estas miserias que llaman revolución!"(2). Y en *Las tribulaciones de una familia decente* el mismo tema se centra en el poeta Francisco José, presunto autor de libros titulados "Agonías de mármol" o "Elogio de la serenidad", donde no sólo se hace la caricatura del prototipo de lírico modernista que a partir de 1910 se transforma en un mero sobreviviente, sino también de los "colonialistas" que, aparecidos en

(1) Más francamente dice Azuela en *Las tribulaciones de una familia decente*: "Victoriano Huerta es de la escuela del pelado, por más que el eminente poeta Díaz Mirón haya dicho, cuando visitó las oficinas de *El Imparcial* el troglodita asesino de Madero: «El general Huerta visitó ayer nuestra redacción, dejando a su paso un perfume de gloria»". (*Obras Completas*, t. I, p. 509).

(2) *Las moscas*, *Obras Completas*, t. II, p. 914.

plena época de convulsión, prolongan con su actitud arcaizante —reconstructores de una sociedad extinta— algunos rasgos de la posición prescindente de los modernistas.

La técnica crítica de Azuela es muy simple y se basa en el uso del contraste brusco. En el capítulo VI, "Al otro día de nuestro arribo", Francisco José acaba de recitar "con voz cortada por la emoción y con los ojos húmedos" su poema "Busco ya las alturas de la serenidad" cuando irrumpe Archibaldo diciendo: "Están llegando los federales en desbandada. Han sufrido tremendas derrotas en Zacatecas y en Guadalajara"(1), con lo cual no sólo se burla del esteticismo, sino que se establece su secreta vinculación con un orden social rígidamente establecido, el que corresponde a esos federales que ahora están derrotados. De la exasperación que en Azuela provoca este tipo de intelectual, ser humano que a Dante sólo merecía el dictamen de "guarda e passa", dan testimonio algunos ex-abruptos como éste: "Francisco José, cuyo temperamento estético repugna a toda manifestación de violencia, se refugió en el watercloset"(2).

Azuela, aunque perteneciendo a una generación anterior, está marcando y adelantándose a la nueva orientación que singularizará a los escritores del 10 y que se encontrará mejor representada en Vasconcelos que en Luis Martín Guzmán, aunque sirve de denominador común a la generación del Ateneo de la Juventud, más allá de sus diversos matices políticos: inserción en la realidad social de su tiempo, vinculación estrecha con los intereses de la nacionalidad, voluntarismo espiritualista, responsabilidad educativa frente a un grupo social emergente, el de los sectores medios.

Por lo mismo es a él a quien corresponde el primer esfuerzo coherente para volver a conceder dignidad a la profesión de escritor en el México del siglo XX, tarea que sólo puede intentar en esa peculiar circunstancia histórico-cultural que vive a través de una drástica militancia. Lo consigue adaptándose de modo inconsciente a una de las direcciones del esquema que diseñara Karl Mannheim respecto a las posiciones de los intelectuales en la época de la interpretación sociológica del mundo que se abre a mediados del XIX (3) o sea tratando de insertarse en un grupo social, buscando hacerse uno con él para poder así expresarlo, darle voz y sentido a sus intereses tanto en el plano de la racionalización intelectual (ideologías) como en el de la sensibilidad artística (obras literarias), y de este modo conquistar él una situación estable y justificada dentro de la general inestabilidad e injustificación de una época convulsa.

Ya dijimos que Azuela expresa el orbe de la pequeña clase media que había encontrado su jefe en Madero; traduce su visión del mundo y por ende sus intereses, en cuanto integra por sus orígenes y forma-

(1) *Las tribulaciones...*, *Obras Completas*, t. I, p. 438.

(2) *Idem*. 461.

(3) KARL MANNHEIM. — *Ensayos de sociología de la cultura*. Madrid, Aguilar, 1957.

ción esa clase, pero eso no hubiera bastado para hacerlo su cabal intérprete. Era necesario el descubrimiento de su mancomunidad con los demás hombres de su estrato social a través de una conciencia lúcida de esa integración. Habida cuenta de la situación combatiente en que ese sector se encuentra, él se transforma también en un combatiente (un "narrador parcial y apasionado") y es por el sesgo de una acción beligerante que se encuentra con su clase y la asume polémicamente. La hace suya en cuanto comunidad de intereses en lucha con un enemigo, por la existencia misma del enemigo que lo aglutina en una zona de la sociedad con otros hombres afines.

Dado el campo específico de su actividad, su combate se inicia contra los intelectuales del porfiriato, particularmente los que cumplían una tarea pública notoria en la prensa. Cuando a ellos se opone, quizás Azuela no percibe en qué alta medida también él pasa a ser un intelectual en servicio, cosa que lo será hasta la derrota de 1915 que todavía se prolonga psicológicamente algunos años, aunque su servidumbre tendrá las notas contradictorias de la especial situación del sector social al que pertenece, en esos años. El uso militante de la literatura y la transposición de balas en palabras puede comprobarse fácilmente, si él no lo hubiera afirmado programáticamente, en algunos textos de sus novelas consagrados a los intelectuales: "Te creí uno de los tantos literatoides de tu México, piara de ilotas de la pluma hinchados de ruindad, eunucos llorones de la paz, incapaces de dar ni una gota de sangre por el hermano, ni por la patria, ni por su propia especie; mandrias que se pasan la vida incensando eternamente al que les llena la tripa y se quedan satisfechos con que su nombre figure como una cifra más entre los siervos miserables y corrompidos, buenos apenas para cantar a las mesalinas de sus amos"(1). Más allá del concepto de servidumbre intelectual, Azuela ataca las concepciones positivistas oponiéndoles la generosidad idealista que los sectores medios ofrecen como nueva filosofía al abrirse el siglo; tal idealismo responde a la reinstauración del criterio de sacrificio social colectivo que los sectores medios generan como arma de lucha, ya que ese sacrificio de tipo nacional y patriótico está destinado a quebrar el puro subjetivismo egoísta (económico y filosófico) sobre el cual funda su poder la clase burguesa alta. Por la venalidad y por la defección de la causa nacional, ambas formas del subjetivismo egoísta. Azuela asocia el intelectual-periodista con el escritor: "Escritor! No cabe duda: los hombres de pluma somos unos tipos insoportablemente simpáticos. Juro por Dios vivo no haber tropezado en mi vida con un ejemplar de esta fauna sin sentir el deseo más sano y santo de verlo reventado como un sapo"(2).

El lazo que vincula al periodista y al escritor con el poder, transformando a uno y otro en portavoces de una clase, se le hace ahora

(1) *Andrés Pérez, maderista. — Obras Completas*, t. II, pp. 786-7.

(2) *Idem*, p. 780.

evidente a Azuela. Su ataque se fundará en razones morales, combatiendo el principio mismo de la "servidumbre" del intelectual, con lo cual va definiendo su concepción del mismo. En un pasaje de *Los caciques*, el intelectual se emparenta con el político y ambos son definidos como servidores de la clase alta: "Hay que leer esta prensa de oposición de hoy para conocer en cueros a los intelectuales y políticos, trasuntos fieles de las clases cultas y acomodadas. ¡Qué asco de gente! Huelen a fango, porque en él nacieron, lo respiran, se nutren de él y en él procrean. Ora en los periódicos, ora en la tribuna, antójanseme sapos escapados de sus charcas levantando sus cabezas repugnantes y sus ojos miopes a un sol que los ciega"(1).

Otro pasaje de la misma novela establece un curioso cotejo entre dos tipos sociales, el intelectual y el proletario, asociados por su calidad de serviles. El pasaje permite medir la distancia en que Azuela se coloca del último, al que objetiva en un nivel inferior de la escala, pero a la vez apunta confusamente a una oposición que en este período histórico sólo avizoró Flores Magón. Dice: "la vergüenza más ignominiosa que la revolución de 1910 ha desnudado es una intelectualidad abyecta que arrastra su panza por el cieno, lamiendo eternamente las botas de todo el que ocupa un lugar alto. Sabemos que hay dos clases de siervos en México: los proletarios y los intelectuales; pero mientras los proletarios derraman su sangre a torrentes para dejar de ser siervos, los intelectuales empapan la prensa con su baba asquerosa de rufianes; que los pobres ignorantes arrancan nuestro grito de admiración, mientras que los sabios nos hacen llevar el pañuelo a la nariz..."(2). Que estas palabras estén puestas en boca de Rodríguez, quien representa el ideario azueliano con una desviación —que el autor entiende como debilidad e irrealidad— hacia el socialismo utópico, define la distancia con que Azuela considera a esos otros siervos que son los proletarios. No se le ocurriría, como se propusieron los intelectuales pequeñoburgueses ante la aparición de la poderosa conciencia de clase proletaria, transformarse en su siervo, visto que es otro el sector al que pertenece, pero tampoco de esa clase media estará dispuesto a constituirse en servidor, y aun renegaría éticamente del concepto, no porque integralmente deje de ser uno de sus exponentes, sino por el notorio fracaso de sus miembros para enfrentar la dictadura huertista y dar sentido propio al movimiento revolucionario, que lleva al novelista a una situación de aislamiento y a un ejercicio de crítica.

El fracaso de estos nuevos sectores sociales en el campo de la política y en el de las armas, fue demasiado visible para que Azuela lo descuidara, máxime cuando fue testigo cercano de sus indecisiones y debilidades. Su literatura de la época abunda en referencias críticas al problema, sobre todo en su novela *Los caciques*, y transcurridos

(1) *Los caciques, Obras Completas*, t. II, p. 836.

(2) *Idem*, p. 844.

veinte años de los sucesos, así ve en perspectiva el asunto: “La participación activa que la clase media tuvo en el movimiento revolucionario acaudillado por don Francisco Madero dio muchos episodios de altura y de heroísmo como el de la familia Serdán en Puebla, pero más fueron los humorísticos y los grotescos de gente que pisaba en terreno falso, desconocedora en absoluto de la técnica política, en que eran maestros los derrocados y causa fundamental de la caída del gobierno maderista cuando apenas comenzaba a funcionar”(1). Las mejores virtudes de esta clase, su emocionalismo, su capacidad de trabajo, y aun el lirismo recoleto de las tiendas de abarrotes donde se desarrolla, son expuestas a través del personaje Juan Viñas y su familia en *Los caciques*, pero juntamente se expone su falta de heroísmo, su dependencia de las clases altas, su ignorancia de la realidad política y sobre todo su trágica ineficacia en la acción urgente que planteaba la circunstancia nacional. Esas carencias, y los sucesivos fracasos que imponen, son los gérmenes de la visión crítica que el novelista ofrece de sus congéneres pequeñoburgueses, y aunque siempre deambulan por sus libros dentro del cálido círculo que le presta la complicidad de quien ha vivido en común con ellos, la acidez de su requisitoria no disminuye. En una anotación de su serie “El novelista y su ambiente” explica que “Las clases más humildes de la sociedad me han atraído en proporción inversa a la clase media de la que siempre he formado parte. Quizás por estar tan cerca de ésta su visión me ofusca con la infinidad de turbios matices que la envuelven. De mis observaciones tengo necesariamente que dar un trasunto apasionado y tal vez injusto”(2).

El fracaso de la clase media es la experiencia vital, próxima y desgarrante, que alimenta el ciclo narrativo de Mariano Azuela que va de 1911 a 1918. En la primera obra de este periodo, *Andrés Pérez, maderista*, el tema queda claramente planteado y es perceptible en el deslinde resolutorio de la obra: el fraude queda entronizado con Andrés Pérez, el intelectual cobarde y acomodaticio, transformado en portavoz del maderismo; Antonio Reyes, el auténtico maderista representante de los sectores ilustrados, es muerto; la rebeldía popular, que acaudilla Vicente, es destruida mediante la participación de sus propios compañeros, ciegos obedientes del poder constituido. Si así se abre el ciclo narrativo, su conclusión se encontrará en *Las tribulaciones de una familia decente*. Entre dramatismos, errores y rebeldías frustradas, la mostración narrativa tiende a atestiguar el escepticismo creciente de Procopio y desemboca en la resignación. Un poco a la manera como Voltaire conduce a sus marionetas entre mil aventuras para que al fin reconozcan que “il faut cultiver son jardin”, Azuela fuerza a sus personajes para que al fin recuperen una filosofía de clase media rendida. Procopio y su familia se pondrán a trabajar como asalariados, crearán un ambiente acogedor, íntimo y privado,

(1) “El novelista y su ambiente”, *Obras Completas*, t. III, p. 1075.

(2) Idem, pp. 1063-4.

en su casa, volverán a ahorrar cuidadosamente, con el criterio aquel del Juan Viñas de *Los caciques* de que todo consiste en “paciencia, tenacidad y honradez”(1) pero ya sin la ambición de competir algún día con las gentes ricas sino con la voluntad de acortar el radio de su ambición para que coincida con sus posibilidades reales, generando la ilusión de la felicidad. Así explica Procopio agonizante su filosofía a su mujer a quien ha reconquistado para tal empresa: “Mira, la verdadera dicha es ésta, la de las pequeñas alegrías diarias, porque la otra, la Dicha que se escribe con mayúscula, ésa no existe, es miraje, mentira funesta. Los elementos de la felicidad los llevamos dentro con absoluta equidad. Todo depende de poner en armonía nuestro mundo interior con el de afuera...”(2). La vieja clase media emprendedora, que avizoraba el poder, ha perdido sus esperanzas, a las que considera “locas”, y se pone de nuevo a la construcción de sus bases económicas, partiendo de cero. Todavía tendrá grandes oportunidades de participación en el poder pero por el momento ha abandonado definitivamente el empeño revolucionario. Buscará otros caminos, para su avance, ahora desde la ciudad a la que ha sido arrojada por la tempestad social.

Del mismo modo, el ciclo narrativo 1911-1918 se abre con las imágenes de la confusión de las primeras páginas de *Andrés Pérez, maderista*, donde se simboliza el estado caótico general del país, la subversión de los valores, la agitación violenta que se posesiona de la sociedad y la sensación expectante de que grandes sucesos se preparan: “Luego todo fue confusión; el gentío se precipitó, ávido de curiosidad, hacia la Profesa; formáronse valladares en las bocacalles y a lo largo de las banquetas. Detuviéronse los vehículos de lenta y solemne marcha, los automóviles dejaron de resoplar; se formó triple fila, luego otra y otra más, al último todo fue confusión y desorden y el tráfico se interrumpió. Menestrales revueltos con elegantes perfumados, humildes costureras como ofuscantes muñecas barnizadas. Pero en aquel disimbolismo de gentes predominaba la misma expresión en ojos y en el gesto: la angustia de la indecisión, en presentimiento de lo que iba a ocurrir”(3). Son también imágenes turbias del mundo urbano las que cierran el ciclo en *Las tribulaciones...* pero lo que ahora se nos ofrece es el apocamiento de los personajes protagónicos dentro de la incipiente macrocefalia capitalina, su entrega a la urbe moderna, perdida para siempre la idealización provinciana y las jerarquías semiaristocráticas que los propietarios allí alcanzaban. “¿Quiénes son, pues, ahora —pensé— los Vázquez Prados de Zacate-

(1) En *Los caciques* dice ingenuamente Juan Viñas: “Se ahorra un centavo, porque con un centavo se completa la pila de a veinticinco; se cuida la peseta, porque con cuatro pesetas está hecho un peso, y ese peso sirve para completar el primer billete de a cien. Este se cuida como la niña de sus ojos para llegar a convertirlo en uno de a mil. Y así sucesivamente. Paciencia, tenacidad y honradez. Ese es todo el secreto de las gentes ricas” (O. C., t. II, pp. 820-1).

(2) *Las tribulaciones...* Obras Completas, t. I, p. 564.

(3) *Andrés Pérez, maderista.* — Obras Completas, t. II, p. 765.

cas? ¿En dónde está la fina mano enguantada que se alza para saludarnos cariñosamente a nuestro paso? ¿En dónde una sola cabeza se descubre respetuosa o se inclina humildemente a nuestra vista? Rostros glaciales, desdeñosos, apáticos, insolentes. Nada. ¡La odiosísima metrópoli! Sí, aquí no somos ya más que una pequeñísima gota de agua perdida en la inmensidad de los océanos..."(1).

Esta derrota, que ácidamente Azuela va contando a lo largo de estos ocho años de trabajo encarnizado, condiciona su visión como él lo reconoce al explicar retrospectivamente sus obras y al decir que en ellas "puse toda mi pasión, amargura y resentimiento de derrotado"(2) o cuando indicó que a partir de *Las tribulaciones...* "me sentí totalmente curado de mi resentimiento personal y de la hipersensibilidad en que me dejó aquel desastre"(3). A esta derrota le debe su aislamiento y su actitud de francotirador, desde la cual contempla la realidad, por cuanto queda marginado del grupo social en que por origen y concepciones buscaba integrarse y no encuentra ningún otro al que adherir, o acaso ya no podía, en el filo de sus cuarenta años, resolver otra integración.

El fracaso de los sectores medios para destruir las clases altas, abre paso a la acción de las clases bajas, campesinos y ocasionalmente proletarios, y son ellos quienes desde 1913 ocupan el escenario histórico, es con ellos que luchará Azuela y de ellos ofrecerá su visión pesimista en su obra mayor, *Los de abajo*. Pero es en *Las tribulaciones de una familia decente* donde se encuentra el enjuiciamiento de los sectores bajos de la sociedad que el novelista hace en su estilo crítico y beligerante. Dice: "Caras terrosas y demacradas escondiendo su dolor como se esconde una vergüenza; cabelleras revueltas, rostros airados, miradas angustiosas, bocas maldicientes. Proletarios reventando de dinero carrancista, medio muertos de hambre; humildes empleados, modistas, pequeños rentistas, huérfanos, valetudinarios: la clase media condenada a una doble tortura, en íntimo contacto con la plebe vil y canalla, a quien nunca le fue mejor ni peor, y que ahora, ensoberbecida, le escupía en la cara su insolente baba"(4). El resentimiento de que habla Azuela, y que se origina en el fracaso de la clase media, se acrecentará ante el repentino y desordenado ascenso al poder de la clase baja. La admiración que en él causa el coraje guerrero de sus integrantes (el capítulo III de *Los de abajo* que describe el primer encuentro, y donde la brutalidad juega siempre sobre el filo del heroísmo transformado en inconciencia; el capítulo XVIII de *Las tribulaciones...* donde el narrador no puede contener una inexplicable admiración por las desaharrapadas huestes de villistas y zapatistas que entran a la ciudad de México) no anulará la repulsión

(1) *Las tribulaciones...* Obras Completas, t. I, p. 433.

(2) "El novelista y su ambiente". Obras Completas, t. III, p. 1093.

(3) Idem, p. 1099.

(4) *Las tribulaciones...*, Obras Completas, t. I, p. 492.

ante este avance de sectores carentes de preparación, sectores casi bárbaros, que toman el poder por el ascendiente de su fuerza.

La situación de Azuela revierte, con apreciables variaciones, a uno de los "tipos de «intelligentsia» formada por personas desplazadas y detenidas", o sea "aquellos intelectuales cuyas aspiraciones sociales son contrariadas" tal como los dibuja Karl Mannheim. En el corto lapso que va desde 1910 a 1915 presencia la mayor posibilidad ascensional de su grupo, su rotundo fracaso y su reemplazo por un sector social inferior que homologa de facto a la clase media con la alta al atacarlas frontalmente en la misma forma. "Una capa social que es derribada bruscamente de su posición original —dice Mannheim— no imita a las clases superiores, sino que adopta una actitud de desafío y desarrolla modelos opuestos de pensamiento y de conducta. La situación, por sí sola, hace posibles estas actitudes; hasta qué punto se agudicen, ya depende de factores secundarios, como por ejemplo, la capacidad para articular y desarrollar una ideología contraria. Donde no se dan las condiciones para que cristalice una oposición articulada, el resentimiento es secreto y su expresión se limita al individuo o a su grupo primario inmediato"(1). A no ser que el "resentido" sea un escritor; él es capaz de expresar una oposición articulada, en cuanto configura un cuerpo ideológico nítido y coherente y una sensibilidad artística acorde, pero no es capaz, por tratarse de un elemento aislado, desligado de su grupo originario al que la nueva situación le permite ver críticamente sin por eso romper los vínculos que a él lo atan, de que su acción intelectual encarne en un movimiento social. Recién a partir de 1925, ese grupo que ha vuelto a consolidarse en las ciudades y que comienza a desarrollarse sobre nuevas líneas de lucha, lo recupera: es la republicación exitosa de *Los de abajo*. El escritor ha encontrado su medio social adecuado: su obra comienza a abastecer la ideología de los sectores medios proporcionándole una interpretación de la historia reciente. Se cierra entonces el ciclo de idealización del pasado que no sólo había dado la retrospectiva nostálgica de los colonialistas —que se prolongará epigonalmente— sino la de la propia época de Porfirio Díaz, añorada a veces tanto por Vasconcelos como por Azuela, como el período de paz y orden, para dar lugar al ciclo de la novela de la revolución, largo capítulo testimonial destinado a integrar ese proceso violento dentro de la cosmovisión de una clase que comienza a tentar el poder.

(1) KARL MANNHEIM. — Ob. cit., p. 207.